

Sin suelo

Danzar en la época del terror tecnológico

por Jonathan Martineau

1. Terrorismo

Gracias. Gracias a los organizadores, a la universidad, a ustedes por acudir. Esta charla empieza en Bélgica. Antes del comienzo, hagamos un preámbulo para conocer de lo que vamos a tratar.

Título: *Sin suelo. Danzar en la época del terror tecnológico.*

Cuando no sabe cómo empezar, el ponente leerá la definición del diccionario de uno de los conceptos centrales utilizado en su título. La charla del profesor, a menudo, es poco más que un comentario del enunciado del título.

La RAE dice poco del terror: un miedo muy intenso o una persona o cosa que lo produce. Puede usarse en sentido festivo: el terror de la fiesta. El terror, con T mayúscula, es también una época de la revolución francesa. Finalmente, y la RAE especifica, por antonomasia, el terror es un método expeditivo de represión revolucionaria o contrarrevolucionaria. Ésta última nos remite al terrorismo.

Represión...

Terrorismo – concepto central a la política contemporánea y sin embargo muy resbaladizo; uno lee el diccionario y no está seguro si se está involucrando en un delito penal. 1. Dominación mediante el terror. 2. Sucesión de actos violentos ejecutados para infundir el terror. 3. Actuación criminal de bandas organizadas, que, reiteradamente y por lo común de modo indiscriminado, pretende crear alarma social con fines políticos.

Resumiendo, utilización por parte de organizaciones del miedo, la represión, la violencia para crear alarma social con fines políticos. Vamos bien.

Después del diccionario, la etimología, vasto dominio con infinitas ramificaciones que ayudan a amueblar las charlas que ayudan a su vez a amueblar la agenda.

Sabemos todos que es más fácil vivir en el ajetreo común a muchos que en un sosiego singular. Terror comparte ancestros con la tierra. El terror se ataca a la tierra, al espacio. Extrañamente, pavor y pavimento también resuenan río arriba de las lenguas.

El profesor introduce material de la literatura especializada para apoyar y justificar lo que quiere exponer. Peter Sloterdijk ha escrito uno de los pocos textos en los cuales se dice algo inteligente, es decir inteligible, acerca del terror, en su introducción al tomo tres de su obra *Esferas*. En *Esferas* el texto se titula *Aerimotos*. La editorial Pre-textos de Valencia ha publicado el capítulo en formato de libro bajo el título *Temblores del aire*. Terremotos en el aire... aerimotos, bajo este concepto Sloterdijk nos ofrece una comprensión del terrorismo. El terrorismo no se ataca a la persona en sí sino a sus condiciones de existencia. El terrorismo anula el espacio más que la persona, anula el espacio sin el cual esta persona o estas personas no pueden vivir. Viciar el aire, envenenar el agua, derribar un edificio poblado, etc. El terror toma como objeto el espacio en sí y no tanto la persona individual. El blanco del terror no es una persona sino sus condiciones vitales, su cordón umbilical que la une a un espacio sin el cual no se puede seguir vivo. Sloterdijk concluye que las fuerzas aéreas son *per se* terroristas ya que la erradicación del enemigo mediante la anulación de su espacio es algo propuesto a priori al funcionamiento del arma. Acerca de todas las bandas organizadas que poseen fuerzas aéreas, Sloterdijk habla de atmoterrorismo estatalmente establecido.

Y el profesor, para acabar su introducción, anuncia su intención de exponer que, si sacamos consecuencias de la definición antes dada, el concepto de individuo es un concepto terrorista y que sólo la danza, en un sentido muy concreto y universalista, permite luchar contra el terror.

2. Bélgica

Yo tengo veintiún años y acabo de llegar a Bélgica. Primera vez en Europa, en el viejo continente. Tal vez os resulte difícil creéroslo pero entre la juventud norteamericana, entre la de Québec en todo caso, Europa sigue disfrutando de un aureola de superioridad. El viejo continente, la metrópoli, la sabiduría, la cuna de la civilización, la elegancia, la madurez. Llegaba una semana tarde a la universidad y también llegué tarde a mi primera clase. Era mi último año de mi carrera en criminología. Me senté hacia la parte posterior del auditorio. El profesor estaba hablando sentado detrás de su escritorio. Miro así, miro a los compañeros, a las compañeras. Más o menos todo el mundo atiende con normalidad. Trato de verle

las piernas. ¿Será parapléjico? No veo la silla de rueda. ¿Qué le pasa? No me acuerdo muy bien de qué fue la lección aquel día pero este hombre, Dan Kaminski, me tenía boquiabierto. Al final de la clase, se levantó, recogió su carpeta, sonrió e intercambié algunas palabras con alumnos que parecían conocerle. Yo miraba a las compañeras, compañeros, también recogían sus cosas, hablaban, ya tenían un poco más de ánimo en la sangre, un poco más de alegría en la cara. Nadie se inmutaba. Y el profesor salió caminando tranquilamente con su carpeta de cuero bajo el brazo. Fue la primera vez en mi vida que vi a un profesor impartir una clase sentado. En dieciséis años de escolarización nunca había visto algo semejante. Había visto profesores sentarse sobre el bordecillo de su escritorio, otros sentarse mientras los alumnos completaban ejercicios. Pero así, impartir la clase, dirigirse al alumnado con voz y estando sentado, nunca jamás. Nunca había visto semejante falta de respeto, al menos así me lo parecía en aquel entonces.

Me acostumbré, tampoco era para tanto. Todos impartían sus clases sentados, exceptuando a Fabienne Biron, que se ponía de pie pero creo que lo hacía porque era tan bajita que así por lo menos le veíamos más que solo el rostro. Y Dan Kaminski daba unas clases maravillosas sobre la administración de la justicia penal. Me hizo conocer a Alain Badiou y su ética de las verdades y me adentré en Nietzsche a raíz de su seminario sobre la ética y el castigo.

Me quedé en Europa y no volví a ver muchos profesores que se dignan en levantarse. El viejo continente está cansado...

3. Culos-de-plomo

Me acuerdo de esta frase de Nietzsche citando textualmente a Flaubert según el cual sólo valen los pensamientos que nacen entre el lápiz y el papel. Nietzsche añadía: Ja ja! Ahí te tengo, nihilista, culo-de-plomo, sólo valen los pensamientos que nacen en la naturaleza, mientras caminamos expuestos al viento.

Culos-de-plomo... sí. Roland Barthes escribe en *Mythologies* que la sociedad de hoy estriba sobre dos mitos fundamentales: el coche y la foto retrato. Añade enseguida que la función esencial de estos dos mitos es cortar las piernas. El retrato es evidentemente heredero cojo de la tradición del busto, al cual fue sustraída una dimensión. Al cortar las piernas creamos la ilusión de seres sin relación con el suelo. Para crear la ilusión de un individuo hay que aislarlo del espacio.

Al pensador de escritorio también se le ha cortado las piernas. Aunque pueble las facultades de humanidades de las universidades, no podríamos decir, a diferencia del coche o de la foto tamaño carnet, que esta criatura mitológica es un pilar de la sociedad. Es un mito más bien moribundo.

En estos lugares como en tantos otros no hay suelo. Hay suelos planos, uniformizados, sin diferencia. Suelos que no dicen nada. Suelos que quieren desaparecer. Nuestros zapatos confortables se encargan de absorber cualquier otra señal que podría provenir del suelo, del subsuelo. En las tiendas de hoy hay miles y miles de zapatos diferentes pero prácticamente un sólo patrón de horma: con los dedos estrechados. A las geishas, para reprimir su libertad, se les acortan los pies. Para comunicarse con el suelo, con lo otro, el pie necesita escuchar, recibir. Como quien quiere escuchar debe abrirse de oídos, quien quiere pisar la tierra debe abrirse los pies. En un pie libre la parte la más ancha son los dedos. En la horma universal de nuestros zapatos únicos, diferenciados, a la moda, personalizados pero siempre iguales, los pies están reprimidos. La suela se encarga de comunicar con su pareja, el suelo, y el individuo cual fantasma puede errar por el mundo sin relacionarse realmente con la otredad. Flota, sin piernas, en su mito individual.

4. Mitos y sociedad

Hacen falta mitos para hacer funcionar una sociedad. Sobre esto dijo lo esencial Derrida en un diminuto libro titulado *Fuerza de ley*, fruto de una conferencia dada en 1992 en Estados Unidos, ante un público de criminalistas. El subtítulo del libro es el *Fundamento místico de la autoridad*. Cada poder político, nos dice Derrida, estriba en un golpe performativo del lenguaje donde la ficción de una justicia es introducido como fundamento de la vida en común. El poder político funciona mediante la ocultación del carácter ficticio de esta justicia y su transmutación en verdad, en algún tipo de dios, de realidad sacra, dice Derrida. El poder político justifica su ordenación de la vida colectiva gracias a unas verdades que ocultan su carácter ficticio. En el fundamento de la ley siempre encontramos conceptos como la voluntad de dios, las leyes de la naturaleza, la humanidad, la unidad indisoluble de una Nación, con N mayúscula, conceptos indiscutibles, místicos. El poder político sólo puede funcionar mediante un cortocircuito del pensamiento. El poder

y su violencia remiten a la justicia que los autoriza y ellos crean esta justicia. La autorreferencialidad inicia un bucle donde la relación con la alteridad, con el origen abierto queda evacuada. Este cortocircuito del pensamiento es también necesario a la creación de un individuo.

5. Pensar en el espacio

El neurocientífico Daniel Wolpert saca grandes conclusiones de la peculiar existencia de los tunicados. El tunicado es la única criatura conocida que cambia de reino. Nace como animal y muere como vegetal. Como animal, los tunicados se orientan, se desplazan, buscan, van a la deriva, en suma, transitan en el espacio. Cuando encuentran su lugar, se enraízan y la primera cosa que hacen una vez enraizados es digerir su cerebro y su sistema nervioso.

Recientemente, Jennyfer Groth en su libro *Making space* emite la hipótesis de que la matriz del pensamiento humano es la creación de espacio, la elaboración mental de esquemas espaciales. Las nuevas funciones cerebrales se desarrollan gracias a que nuevas zonas neuronales se hacen disponibles. Estas zonas nuevas se duplican a partir de la función anterior. La estructura cerebral del pensamiento abstracto depende de la creación de espacios, la orientación espacial. Henri Bergson decía sencillamente, y de manera intuitiva, *sentimos en el tiempo y pensamos en el espacio*. Esta relación entre pensamiento y espacio es la que queda cortocircuitada en el reino de la ley. El fundamento de la ley nunca es la relación con el espacio común, con la gravedad por ejemplo, sino siempre nos pone en relación a un fundamento ficticio, un origen sin raíces.

6. Negación del origen

La ley oculta su origen, disimula la violencia que le dio a luz bajo la ficción de una justicia o de un dios, de una constitución o de una biblia. El fundamento de la ley carece de historia, pertenece al tiempo mitológico donde las cosas existen de por sí. Pascal Quignard, en sus análisis del lenguaje, extiende las conclusiones de Derrida a todas las lenguas. Para Quignard, la ficcionalización de la existencia funciona en todas las lenguas. La lengua para crear realidad tiende a posarse como origen de las cosas. Al principio era el verbo. Es decir que la lengua encubre la oscuridad del origen.

Paulatinamente en el lenguaje han sido evacuados las palabras que hacían puente entre el animal y lo humano. El cuero cabelludo es un vestigio de una época en la cual los gentlemen franceses hablaban del cuero de la cara de las damas y de la finura de su hocico. La palabra suelo en su origen remitía a la planta de los pies. El fonema *sole* en inglés sigue fiel al origen corporal del suelo. En el habla el origen desaparece.

7. Fantasmas

La ley y la lengua fabrican seres donde el origen como pregunta tiende a disiparse para dejar lugar a un fundamento, a un suelo ficticio. La ficción, homófona de fijación en el idioma francés, homofonía que da mucho que hablar a Alain Badiou en su ensayo sobre la consciencia del mal titulado *L'Éthique*, la ficción de un lenguaje originario fija a los seres en un espacio irreal donde el cerebro y el pensamiento en su modalidad genuina ya no se precisan.

Hace alrededor de un siglo, Kafka temía que la generalización de la práctica de la correspondencia hiciese triunfar el imperio de los muertos vivos. Las palabras escritas, decía, son pienso para los fantasmas. Byung-Chul Han en su ensayo *En el enjambre*, contempla las redes sociales a la luz de la intuición kafkiana para anunciar que los fantasmas van viento en popa. Los fantasmas son seres sin pies. No tocan el suelo. Vuelan, flotan... Van en coche. Hacen selfies. Tienen perfiles y sienten apego a su identidad. El individuo es un concepto legal, una ficción literaria que para cobrar realidad debe sacrificar un parte suya.

8. Sacrificio: El Odio

La ley necesita funcionar como un todo y se basa en el lenguaje, que no puede ser el todo. La creación del dios necesario a la ley implica un desperdicio, la exclusión de una parte. Es la lógica sacrificial que detalló durante toda su carrera René Girard en libros como *La violencia y lo sagrado*. Sacrificio. Facer lo sacro. Fabricar lo sagrado exige su chivo expiatorio. Esta charla no es ninguna excepción, se teje de palabras, nutre a los fantasmas, debe de excluir a una parte de la realidad.

Tengo mi chivo expiatorio favorito, que cojo de la película francesa *El Odio*, de Matthieu Kossovitz. Esta película se inicia con una voz en off diciendo: Es la historia de un hombre que se tira desde el techo de un edificio de cincuenta pisos.

A lo largo de su caída, se repite para sí mismo, hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien. Pero lo importante no es la caída, sino el aterrizaje... Casi dos horas después la película termina con la misma voz, diciendo: Es la historia de una sociedad que se tira... que se dice a sí misma hasta ahora todo va bien, hasta ahora todo va bien... A mitad de camino de este estudio filmográfico que va desde la desesperación de un hombre hasta el delirio de una sociedad entera, vemos a dos de los tres protagonistas, jóvenes de los suburbios de París, escaparse de la policía y refugiarse en una estación de metro. Cogiendo su aliento, el protagonista negro, el más listo de todos, el que sabe que el odio es una espiral viciosa, señala a un hombre en chaqueta de cuero que baja en las escaleras automáticas. Dice a su amigo: ves a ese hombre, no parece peligroso, con su chaqueta de cuero, seguramente se está yendo a trabajar. Es la peor de las razas, es la gente que deja de caminar en las escaleras automáticas. Es la gente que se lanza en todas las facilidades que le pone el sistema para no percatarse de que existe.

9. Nacer

Existir aquí significa dialogar con la gravedad, relacionarse con algún tipo de suelo. El protomovimiento que nos propulsa en el reino de la gravedad es nacer. Transmutar la famosa expresión de Heidegger del ser-para-la-muerte en ser-para-la-gravedad tiene varias ventajas ontológicas, políticas y filosóficas. Desarrollo desde varios años lo que llamo una filosofía natalicia, para las instituciones, o butosofía en las redes artísticas. Morir, como quiso Heidegger, como quiere todo el pensamiento republicano después de Hobbes, no es una verdad primera, no es ningún concepto susceptible de fundamentar una política que valga la pena vivir. Nadie puede pensar la muerte teniendo experiencia de ella. Nadie puede morir sin antes haber nacido. Nadie puede pensar en el nacimiento sin tener experiencia de esta mudanza esencial. La muerte es secundaria respecto al nacimiento. La filosofía natalicia como la entiendo pone en juego un complejo de conceptos y prácticas totalmente diferente de la mal llamada filosofía de la natalidad, promovida por Hannah Arendt y Michel Henry, entre otros. La filosofía natalicia comprende el presente como una continuación del pasado. El pensamiento natalicio dinamita las ficciones que se ponen como origen del mundo. "Hay un antes a la verdad", escribe Quignard. Podría ser el lema del pensamiento natalicio.

Hay un antes, hay un antes al fundamento... El origen es: hay un antes. Nacer es salir de una anterioridad y penetrar en un mundo que no sabemos nombrar. La ley se genera a sí misma, es decir que miente. El poder que se justifica en nombre de la ley es mentiroso en su esencia misma. Su despliegue es sinónimo de la ficcionalización de la vida que el filósofo andaluz Luís Sáez Rueda diagnóstica en su libro *Ser errático*. Arendt quiere fundamentar la política en una frase del evangelio: un niño nos ha nacido. No hemos tenido un niño sino que el niño nos es dado. Es un cambio cosmético. La natalidad de Arendt no arranca la política al dominio de la muerte. De hecho, su héroe político sigue siendo aquel que triunfa de la muerte. Roberto Esposito, ilustre defensor de la primacía del nacimiento en la política, en su libro *El Origen de la política*, vilipendia a Arendt y su política de la inmortalidad. El movimiento primario en Arendt, como en Hobbes, como en la política contemporánea, como en las religiones, sigue siendo el rechazo a la muerte. Arendt utiliza la natalidad como un concepto con el fin de negar la muerte pero piensa desde una natalidad ya muerta, pasada, conceptual. Michel Henry, su discípulo, lo explica con mucha claridad cuando escribe: cuando el nacimiento está, yo no estoy, y cuando estoy el nacimiento ya no está. Esta dudosa actualización del famoso pensamiento de Epicuro no consigue introducir, como pretende, la natalidad en la filosofía. El yo que filosofa ya no está en su nacimiento. Aquel yo carece de interés y debería de ser desechado cuanto antes.

El pensamiento natalicio piensa el mundo es su estado naciente, piensa la vida en su surgimiento. Piensa que nacemos toda la vida. El nacimiento no es un concepto sino una experiencia. Hay que poner todas las doctrinas y filosofías que ponen el nacimiento en el pasado junto al nacimiento de Little boy encima de Hiroshima. Baby was born, el bebé ha nacido, con este código secreto confirmó Paul Tibbets la explosión a 600 de la primera bomba nuclear utilizada contra seres humanos. Todos los nacimientos ordenados al cielo, a los valores universales, al pasado, son nacimientos al servicio de la muerte.

Nacer es un movimiento en el cual no hay huida. Hay una oferta, una ofrenda, un impulso que no necesita de un enfrente para justificarse. Nacer no niega la muerte, tan solo invalida su primacía política. Nacer no se justifica sencillamente. Si queremos una justicia que no mate, que no niegue su origen, necesitamos una justicia natalicia. Nos ad iustitiam esse natos decía Cicerón. Hemos nacido

destinados a la justicia. Sólo es verdad si puede leerse también del revés: la justicia es para el nacimiento. Y el nacimiento desconoce lo individual, ahí está la clave. El nacimiento pone siempre en relación a mínimo dos singularidades – singular en latín, *singuli*, sólo existe en plural... Nunca nacemos solos. Lo individual se convirtió en objeto sagrado de las políticas que sólo tienen ojos para la muerte.

10. Diálogo con la gravedad

Nacer nos pone en relación, a parte de con la parturienta obviamente, con el suelo, con la tierra, y esta relación, en su carácter abierto, nos puede servir de fundamento para pensar. Ushio Amagatsu, el coreógrafo de la compañía de butoh Sankai Juku, publicó un opúsculo titulado *Diálogo con la gravedad*. Este diálogo lo es en sentido fuerte: dos lógicas se encuentran. En el sentido débil, en el sentido democrático, el diálogo son dos unidades X que se comunican utilizando la misma lógica. El diálogo urdido de palabras anula las singularidades para subyugarlas a una lógica común, lógica ésta basada en ficciones. Quignard escribe, en un artículo alucinante, por desgracia no traducido al español y el futuro traductor que querrá poner mano a la obra no lo tendrá fácil con este texto, que lleva el título de *Significio*, que la comunicación es la eclipse de la sangre del ser. El sacrificio excluye una parte para crear un todo ficticio. El significado excluye la vida o el ser para crear significación. La comunicación, que Kafka ya veía al servicio de los fantasmas, se ha desarrollado en una magnitud inimaginable y todo indica que el ritmo exponencial proseguirá. Queda poco nacimiento en estos cuerpos... El objetivo declarado de la telecomunicación es la anulación de la distancia, la desaparición del espacio. Nihilismo.

Nietzsche se preguntaba ¿quién habla? ¿Quién tiene la voz de la consciencia? Obviamente no es ninguna alma, ninguna esencial individual, no es aquello que nace, cuando yo filosofo el nacimiento no está. ¿Quién habla cuando el yo se pone en marcha? Tampoco son los dioses o cualquier conciencia sobrenatural. La respuesta de Nietzsche es tan cruel como esencial: es el instinto del rebaño él que habla. Las voces son siempre gregarias. Odian el nacimiento de lo nuevo, desprecian la excepción.

A través de lo que Quignard llama fonocausto, la sociedad y su ley se apoderan del cuerpo sembrando en la oreja un principio individual ficticio, apoderándose de la

articulación temporomandibular mediante la fonación correcta. El lenguaje y los valores del grupo se agarran en los tejidos del cuerpo corrigiendo la pronunciación. La lógica única empieza a crecer en el cuerpo a expensas de lo que en él nace. Dialogando, comunicando, a favor o en contra, opinando esto o lo otro, da absolutamente igual, estamos engordando la ficción en nosotros.

Muy al contrario de la lógica única compartida por dos, el diálogo del butoh con la gravedad pone en juego dos fuerzas: la gravedad y la lógica del subconsciente, del nacimiento. No nacemos vacíos. La fuerza gravitatoria no anonada nuestros cuerpos porque otras fuerzas están en juego. Escuchando la gravedad percibo voces y síntomas, nudos y espacios sustraídos al espacio convencional. Venimos de la barriga de la madre, de la anterioridad, del antes a la verdad, y vamos hacia el aquí, decía Sloterdijk en su cinética política. En el diálogo con la gravedad, en la atención que se abre a este juego de fuerzas, el nacimiento encuentra el espacio para continuar su marcha. El cerebro más profundo, al cual Suely Rolnik apela para su concepto de cuerpo vibrátil, cumple dos funciones entrelazadas: ubicarse en el espacio y recordarse. Habitar el espacio es recordarse, recordarse no datos sino movimientos, nacimientos, impulsos, creaciones.

11. Jadis

Para comprender esta memoria creadora de espacio, Quignard opone el pasado y el antaño. Antaño en francés se dice *jadis*, que comparte raíz con *jaillir*, brotar. De manera ilustrada, Quignard pone el antaño en otoño y el pasado en invierno. Lo que nace en primavera es fruto del otoño. El diálogo con la gravedad, la percepción de la relación con el suelo, permite la manifestación de lo que los neurocientíficos llaman el ruido fisiológico. Cada movimiento del cuerpo implica una representación espacial, mover piensa. El espacio en el cual nos movemos es una simplificación de la cual mucha información proveniente de los tejidos del cuerpo fue suprimida, por cuestión de eficacia. En los movimientos lentos la imagen corporal se desdibuja porque el ruido se manifiesta con más claridad. En diálogo con la gravedad, que nos es común a todos, todas, el subconsciente se manifiesta en tal o cual sensación. Memorias de antaño afloran a la consciencia, estaban ahí, reprimidas por el discurso del rebaño, y dejando espacio a la sensación una auténtica política de la emancipación se hace posible.

12. Emancipación

La danza promovida por Ushio Amagatsu, Tatsumi Hijikata, Kazuo Ohno, Rhizome Lee, Carlota Ikeda, entre otros muchos, y por Steve Paxton desde el Contact-Improvisación, en menor medida, se distancia de la danza elitista que conforma nuestra tradición. El intento de triunfar de la muerte es ya delirante, la pretensión de suplantar a la gravedad deja boquiabierto al observador. No obstante, nuestra tradición acerca la danza a la antigravedad. Algunos comentaristas incluso definieron la danza como lo que sucede en el salto en el aire cuando no se toca el suelo, todo lo demás siendo preparación para la danza no más. Ir de puntillas, anular los pies como métodos similares a la anulación de la personalidad de las geishas y castigar el cuerpo para ofrecer la ilusión de un movimiento sin gravedad ha sido el programa de unas escuelas de danza que, contempladas desde un perspectiva histórica y cultural amplia, son anecdóticas en la investigación del movimiento humano, animal y vegetal. Incluso pensadores como Deleuze, Zizek o Sloterdijk acercan la danza a la antigravedad. Malentienden, por falta de experiencia, de experimentar, lo que es moverse en diálogo con la gravedad. Basta con comprender que un *plié* precede siempre al salto y otro le sucede. Podemos retener el aire durante unos segundos, tal vez algunos minutos si estamos entrenados. Pero el aire vuelve a entrar y vuelve a salir. Podemos saltar, podemos saltar incluso desde la estratosfera y romper la barrera del sonido, pero al cabo de unos minutos volveremos a dialogar con el suelo. En el espacio interestelar, emancipado de la gravedad, ya no hay libertad de movimiento.

Comprendo la bipedestación como una entrega al mundo, como una integración de la gravedad. Los seres humanos se levantaron aceptando el mundo, no rechazándolo. La tracción que ejerce la tierra sobre el cuerpo, cuando se distribuye y se aprovecha en cada movimiento, permite la ligereza del paso, la elegancia del gesto, la unión de una verdad solipsista naciente con la experiencia de un mundo común. No tengo tiempo aquí de detallar la idea de tensegridad, como la desarrollaron Buckminster Fuller en arquitectura, Kenneth Snelson en escultura y Thomas Myers en biomecánica, pero puedo ya señalar que la integridad tensional – tensional integrity: tensegrity – nos da una indicación de hacia donde podemos volver a imaginar y construir simultáneamente una política de la emancipación. No

podemos abrazar la tensión ni transformarla en danza mientras nuestros cuerpos estén sujetos como por encima del suelo. Sin suelo no hay libertad. Sin relación con la tierra estamos condenados a fomentar el terror y a vivir bajo el yugo del miedo.

13. Terroristas y butohkas

Hijikata decía a sus alumnos que tenían que transformar sus plexos solares en terroristas. Tenían que tocar el suelo, lo que sería un movimiento absoluto según Carlota Ikeda. Un diálogo en fusión con la gravedad donde no quedan restos de individuos, eso es un campo corporal donde no quedan semillas de un todo indivisible y ficticio, sería el butoh realizado según Ushio Amagatsu. La identidad individual que nuestras sociedades nos inyectan para su propio funcionamiento nos resta el espacio donde podemos vivir. Si el terror es atacar el espacio vital, la identidad, el DNI, los perfiles, las escaleras automáticas, los coches, las telecomunicaciones, etc, deben contemplarse como tecnologías terroristas. Gracias...